

EDITORIAL

El día 28 de septiembre de 1978, cuando en medio de la alegría y de la esperanza de la Iglesia apenas si había comenzado su Pontificado supremo, el Señor llamaba a su presencia al Santo Padre Juan Pablo I. En nuestro número anterior, estando ya los originales en la imprenta, pudimos incluir unas palabras in memoriam et cum gaudio acerca de Pablo VI y de su sucesor Juan Pablo I. Nunca hubiéramos podido imaginar que el siguiente fascículo de SCRIPTA THEOLOGICA tendría que abrirse de una manera semejante. Tenemos, en efecto, el filial deber de testimoniar el dolor y la oración por el fallecimiento de Juan Pablo I que sólo ha estado en el timón de la nave de Pedro treinta y tres días.

«Cuando me dieron esta triste noticia, inesperada, me quedé destrozado —declaraba en Roma el Gran Canciller de la Universidad de Navarra—. Busqué refugio en el Señor, mientras me repetía: Dios sabe más, aunque a los hombres muchas veces nos cueste entender sus caminos. Desde que apareció ante la muchedumbre reunida en la plaza de San Pedro, cuando lo eligieron, para dar su primera bendición, Juan Pablo I ya nos había ganado a todos, a los católicos y a los no católicos. Después, en cuatro semanas de Pontificado, este Papa ha suscitado una gran corriente de espiritualidad en el mundo entero: su sonrisa espontánea, tan propia de la persona que está muy

unida a Dios, su sencillez sacerdotal, su palabra llena de unción y asequible calaban muy hondo. Pienso que, en este mes de catequesis, ha puesto en evidencia las grandes ansias que tiene la gente de oír hablar de Dios. Con fe viva, con cálida convicción, Su Santidad Juan Pablo I ha desarrollado durante su breve Pontificado una labor ingente, con su gran acción de catequista, precisamente porque era hombre de oración, con celo por las almas, y porque era un sacerdote tenaz en el estudio, firme en la doctrina, y con inmenso corazón de Pastor. No puedo olvidar que uno de los últimos artículos periodísticos del Cardenal Luciani, antes de ser elegido Papa, fue sobre el Opus Dei y su Fundador. En este escrito, el entonces Patriarca de Venecia demostraba un profundo conocimiento de nuestro espíritu, y un gran afecto a la Obra. También recuerdo con emoción las varias veces que acudió a rezar a la tumba del Fundador del Opus Dei. Ahora, nuestro deber es rezar, con oración y mortificación intensa, con un trabajo bien hecho. Rezar por el Papa que ha fallecido, y rezar por el que ha de venir, con el fin de que Dios le ilumine y le guíe en su Pontificado».

Nuestro Gran Canciller hacía esta declaración a raíz del fallecimiento del Papa. Pocas jornadas más tarde, la Iglesia, sintiendo todavía vivo el recuerdo de Juan Pablo I, se llenaba de alegría al saber que los Cardenales, reunidos en Cónclave, habían elegido un nuevo Sucesor de Pedro en la persona del Arzobispo de Cracovia, el Cardenal Karol Wojtyla, que quiso tomar el nombre de Juan Pablo II.

* * *

Karol WOJTYLA nació en Wadowice, diócesis de Cracovia, el día 18 de mayo de 1920, en el seno de una modesta familia. Terminado el Bachillerato, comienza sus estudios superiores en la Facultad de Letras de la Universidad Jagelónica de Cracovia. Durante la segunda guerra mundial trabaja durante cuatro años como obrero, primero en unas canteras y después en una fábrica de productos químicos,

dedicándose simultáneamente y de manera clandestina al estudio de la Sagrada Teología. Después de la guerra, acaba sus estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de Cracovia, siendo ordenado sacerdote el día 1 de noviembre de 1946. Enviado a Roma para continuar sus estudios, se matricula en los cursos del «Angelicum», donde en 1948 obtiene el título de Doctor en Teología con una tesis, dirigida por el P. R. Garrigou-Lagrange, titulada Doctrina de Fide apud Sanctum Joannem a Cruce.

De nuevo en Polonia, y haciéndolo compatible con su trabajo de investigación científica, se dedica intensamente a su tarea sacerdotal, sobre todo en los ambientes universitarios. Obtiene muy pronto la habilitación para la docencia con una tesis sobre la ética de Max Scheler y es nombrado Catedrático de Etica en la Universidad Católica de Lublín y después en la Facultad de Teología de Cracovia. En 4 de julio de 1958 el Papa Pío XII lo nombra Obispo Auxiliar de Cracovia, siendo ordenado Obispo el 28 de septiembre de ese mismo año. El Papa Pablo VI lo designa Arzobispo de Cracovia el día 13 de enero de 1964 y, tres años después, es creado Cardenal en el Consistorio de 26 de junio de 1967. Era miembro de las Sagradas Congregaciones para el Clero, para la Educación Católica y para los Sacramentos y el Culto Divino, y del Consilium de Laicis.

Durante el Concilio Vaticano II trabaja e interviene activamente en sus sesiones, sobre todo en la preparación de la Constitución Pastoral Gaudium et Spes, de cuya Comisión redactora formó parte. Sus intervenciones fueron importantes en los estudios acerca de la libertad religiosa, donde precisó los principios que deberían ser aceptados y respetados por los poderes públicos: «La persona humana —dijo en el Concilio— es fin y no instrumento del orden social; la religión es la cumbre y el perfeccionamiento de la vida personal y de la aspiración a la verdad».

Ha participado en todos los Sínodos de los Obispos, desde que esta institución fue creada por S.S. Pablo VI,

siendo miembro del Consejo de la Secretaría General del Sínodo. Tuvo una especial resonancia su intervención en el Sínodo de 1974, dedicado a la Evangelización en el mundo contemporáneo, donde tuvo a su cargo, por designación del Papa, la Relatio doctrinal, que causó una profunda impresión.

*En Polonia era Vicepresidente de la Conferencia Episcopal, que preside el Arzobispo de Varsovia, Cardenal Stefan Wyszyński, y Presidente también de las Comisiones Episcopales para los estudios eclesiásticos y el apostolado de los laicos. En su diócesis de Cracovia desarrollaba su tarea de Pastor con la ayuda de cuatro obispos auxiliares y 1.500 sacerdotes para atender a los dos millones de fieles que tenía encomendados. «Es necesario leer las cartas pastorales que ha publicado en Polonia —dijo el Cardenal König, Arzobispo de Viena, a raíz de la elección— para descubrir dos rasgos que definen al Cardenal Wojtyła: su profundidad teológica y la calidad espiritual de su vida interior. Lo definitivo en él es que se trata de un hombre de Dios. Todo deriva de ahí». Aparte de su intenso magisterio episcopal, desarrollado a veces en dramáticas circunstancias, tiene en su haber una extensa bibliografía filosófica y teológica: numerosos artículos en revistas científicas de Polonia y otros países —dedicados en su mayoría a los problemas de la ética cristiana— y varios libros, entre los que cabe destacar *Miłość i odpowiedzialność* (Amor y responsabilidad), traducido a varias lenguas, *Osoba i czyn* (Persona y acto), *U podstaw odnowy. Studium o realizacji Vaticanum II* (Los fundamentos de la renovación del Concilio Vaticano II) y, últimamente, *Segno di contraddizione*, publicado el pasado año en Roma, que recoge las meditaciones predicadas a Pablo VI y sus colaboradores durante los ejercicios de 1976. En España se ha editado *Amor y responsabilidad* (Madrid, 1969), donde explica el matrimonio como «comunidad de personas» en coherencia con la futura encíclica *Humanae Vitae*, que «contiene de manera explícita y clara las normas de la vida matrimonial»; y el artículo *La evangelización y el hombre interior*, inclui-*

do en el sumario de nuestra revista, vol. VII, 1975, pp. 335-352, que reproducimos en el presente fascículo.

Con la elección de Karol Wojtyla para la sucesión de Pedro accede a la Sede Romana, por primera vez en 455 años, un obispo no italiano. El anterior había sido Adriano VI, antes Arzobispo de Utrecht (1522-1523). Para la fe, ha quedado patente, la nacionalidad importa poco: «Aquí estábamos —decía de nuevo el Cardenal König hablando del Cónclave— un grupo de 111 cardenales donde no contaba la raza, la lengua, el color, el país. Lo que contaba era buscar el hombre capaz de ser la Cabeza de la Iglesia de Roma. Y así, con el Papa Wojtyla, aparece, también visiblemente, la supranacionalidad de la Iglesia Católica».

* * *

El Papa Wojtyla proviene, como él mismo ha dicho, «de un país lejano... lejano, pero siempre tan próximo por la comunión en la fe y en la tradición cristiana» y —agregamos nosotros— queridísimo en toda la Iglesia: Polonia, que ha dado al mundo —a lo largo de su historia, y sobre todo en la época contemporánea, en medio de las circunstancias más adversas— un testimonio conmovedor de fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Polonia, semper fidelis, recordó con emoción Juan Pablo II en su primer mensaje al mundo, donde quiso resumirlo todo en esta hermosa y comprometida palabra: fidelidad. Fidelidad que el nuevo Papa se propone a sí mismo como exigencia de su ministerio, y fidelidad que pide a todos los «fieles». Y el Papa enumeraba: fidelidad al Concilio Vaticano II, al ministerium Petri, al Magisterio del Papa, a la norma litúrgica, a la gran disciplina de la Iglesia, a la vocación recibida, a la obediencia a los legítimos Pastores.

SCRIPTA THEOLOGICA que, como recordábamos en nuestro número anterior, «hace de la adhesión a la Cátedra

de Pedro el más firme criterio de su labor científica», quiere renovar, al inicio del nuevo pontificado, esta norma de su trabajo teológico, convencidos —como ha dicho el nuevo Obispo de Roma— de que «la importancia objetiva de ese Magisterio no sólo debe ser siempre tenida en cuenta, sino también defendida a causa de las insidias que, desde diversos ángulos, se levantan contra ciertas verdades de la fe católica».

No podíamos acabar estas breves palabras sin aludir a la filial devoción que el nuevo Obispo de Roma tiene a la Santísima Virgen María: «totus tuus —enteramente tuyo— son las palabras que pusimos en nuestro corazón y en nuestro emblema —dijo a los Cardenales— hace veinte años, en el momento de nuestra Ordenación episcopal». Y a la muchedumbre congregada en San Pedro a raíz de la fumata blanca comunicó que había aceptado el gravísimo llamamiento «con espíritu de obediencia a Nuestro Señor Jesucristo, con una confianza total puesta en su Madre, la Madonna Santísima». Uniéndose a esa piedad mariana, *SCRIPTA THEOLOGICA* quiere también saludar gozosa, el nuevo pontificado que se abre en la persona de Juan Pablo II, invocando para él la protección de la Madre de Cristo y de la Iglesia.

* * *

Nos ha parecido el mejor homenaje al queridísimo Papa Juan Pablo I transcribir aquí la homilía que el Cardinal Confalonieri, Decano del Sacro Colegio Cardenalicio, pronunció en las exequias del difunto Papa celebradas en la Plaza de San Pedro de Roma. A continuación recogemos las palabras de Juan Pablo II, ofreciendo a los lectores su primer radiomensaje a la Iglesia Católica y al mundo, junto con la homilía del día 22 de octubre,

con la que el nuevo Papa comenzó solemnemente su Pontificado. Finalmente SCRIPTA THEOLOGICA se honra en reproducir —esta vez en lengua castellana— el texto que el entonces Cardenal Wojtyla publicó en nuestra revista, en el primer fascículo del año 1975.*

Pamplona, 31 de octubre de 1978.

EL CONSEJO DE REDACCIÓN

P.D. El presente fascículo incluye como Boletín un análisis de los libros en castellano del Cardenal Wojtyla, realizado por el Prof. Illanes, miembro de nuestro Consejo de Redacción. Pamplona, 30-XII-1978.

* La traducción castellana de los textos que a continuación se reproducen ha sido realizada en nuestra Redacción.

